



QUIMERA  
ENERO, 2010

## Amor mío, cariño, ¿me oyes desde ahí donde duermes?

EN GRAND CENTRAL STATION ME SENTÉ Y LLORÉ

Elizabeth Smart

Trad. Laura Freixas. Periférica. Cáceres, 2009. 155 págs.

NOVELA

Tan importante como editar es saber reeditar, tan importante como descubrir es saber rescatar. Los títulos sabiamente resucitados ayudan a construir, tanto o más que cualquier otro tipo de obras, un catálogo sólido y carismático. Y el catálogo es, a fin de cuentas, la "novela" que escriben las editoriales, el legado de su criterio literario. Con *En Grand Central Station me senté y lloré* (1945), publicada por Lumen en 1996, Periférica inició su nueva colección, "Largo recorrido", colección que continuó con *Perú*, de Gordon Lish, el célebre editor de, entre otros, Raymond Carver: estos volúmenes rojos prometen ser maná para los lectores exigentes.

Muchos son los elementos que entran en juego a la hora de convertir *En Grand Central Station...* en una obra fascinante, no todos ellos estrictamente literarios, por supuesto, como ocurre con todas las obras de culto. Elizabeth Smart se enamoró del poeta Georges Barker incluso antes siquiera de llegar a conocerlo. El amor que sintió por él fue tan incondicional como atormentado, aunque la devoción pareció perdurar hasta el final de sus días, allá por 1986. Es evidente que el libro se inspira claramente en esa relación y que esas vivencias pesan mucho, y legítimamente, a la hora de leer el texto, pero deberíamos evitar ceder a la tentación de una identificación apresurada entre los personajes y las personas. Aunque sea a riesgo de endilgar una perogrullada, debemos recordar que estamos ante una reformulación literaria (y en este punto no dejo de pensar en el ejemplo de Philip Roth).



Cuánta mala literatura, por cierto, le debemos a la voluntad de "sinceridad" y a las penas de amor (sinceridad entendida aquí como la transparencia directa, quimérica, entre el sentimiento y su expresión verbal). No haría falta esgrimir aquello de que el supremo artificio es no tener ninguno. Hay que saber escribir muy bien para sonar sincero. Y ese es el triunfo de Elizabeth Smart como autora. La trama podría servir para conformar un folletín o melodrama cualesquiera (triángulo amoroso, embarazo...). Es la escritura de Smart, su profundidad, la que hace de estas páginas una convulsa e inolvidable obra de arte.

Amor. Seguramente no haya palabra más usada, sobada, manida, trivializada, explotada y vaciada de significado. Concepto problemático, idea confusa, metáfora devaluada, estribillo gastado,

remanente cultural que aviva el malentendido entre las personas, el Amor a veces ocurre, y cuando ocurre, siempre lo hace por primera vez. Este libro trata sobre ello. Sobre el Amor como fe, como milagro y como fatalidad. Lo sorprendente, lo meritorio de *En Grand Central Station...* es que, haciendo de este amor total y totalizante el tema central de la novela (no hay mucha peripecia en un sentido clásico, todo es tumulto interior, el doliente alumbamiento, eternamente pospuesto, de un paradisíaco y autosuficiente mundo a dos), no adolece en ningún momento de sentimentalismos fáciles ni de efectismos cursis. La obra es un abismo adictivo. Cándida y descarnada, nos sume en un periplo cataclísmico: el de un amor irredento en busca de su realización. "Nace una leyenda, pero ¿quién escapará con vida?", leemos. Y cuando acabamos, aún sentimos el vértigo. Hemos visto subir la marea, hemos visto crecer la ola y cómo, finalmente, esta arrasa con todo al romper. Y en ningún momento la intensidad ha cedido. Desde los reparos iniciales, desde la alegría plena y vencedora del amor satisfecho bajo la acogedora sombra de un árbol a la desesperación de una situación que deviene furtiva y enquistada (condenada a la sordidez de los hoteles baratos) para desembocar en el abandono, la desolación y el desamparo finales, experimentamos la fuerza, el fragor insomne de un texto que se impone como una fiebre. Todo sigue ardiendo al final, aunque sea en la tristeza.

David M. Copé